

al culpable grave de ebriedad. Además, en los viejos Anales de Cuauhtitlán, también llamado Códice Chimalpopoca, se narra que el gran dios de los toltecas «Quetzalcóatl», tentado por los demonios de Tezcatlipoca, un día se emborrachó y fue tanta su vergüenza por haberlo hecho, que huyó de Tula avergonzado, encendió una inmensa hoguera y en ella se inmoló. ¿Por qué un pueblo que así pensaba cayó después de la conquista en el vicio de la embriaguez? Seguramente hay muchas causas; tal vez en ella encontraron los indios un refugio, una huida de la dolorosa realidad; un desasimiento ante la pérdida total de todo sentido de pertenencia; una rebeldía o simplemente cayeron en la tentación como Quetzalcóatl ante las insinuaciones de los tezcatlipocas españoles interesados en sumirlos en ese vicio para envilecerlos y degradarlos como raza y así despojarlos completamente de sus tierras, de sus dioses, de sus costumbres, de sus valores tradicionales y, lo que es peor, de toda posible esperanza de reivindicación.

Pero nada de lo que publicó Pauw contra los americanos los injurió tanto como afirmar que «la sodomía estaba en gran boga en todo el Nuevo Continente . . . Y, no sé cómo después de haber publicado una calumnia tan atroz, tuvo animo para decir públicamente que su obra ya mencionada respira humanidad. . . ¡Que cinismo! ¿Es humanidad infamar injustamente a todas las naciones del Nuevo Mundo de un vicio tan enorme y afrentoso por la naturaleza? Al contrario, según las leyes de la humanidad debía Pauw de abstenerse de una acusación tan grave, cuanto más que no hay ningún escritor respetable en cuyo testimonio pueda apoyar una aseveración tan universal. En cambio, todos los historiadores de México dicen a una voz que este vicio era sumamente abominado en América y hacen mención de las terribles penas prescritas contra él por sus leyes; pongo como testimonio de lo anterior las obras escritas por Gomara, Herrera, Torquemada, Las Casas y otros. Ahora bien, si de infamar se trata, los americanos bien podrían infamar con semejante imputación a todo el Antiguo Continente, pues la sodomía estuvo en gran boga en algunos pueblos antiguos de Asia; además, fue muy común entre los griegos y los romanos, y si hubiéramos de creer en lo que se dice, tendríamos que aceptar que dicha abominación subsiste en la actualidad en algunos pueblos asiáticos, como en Turquía.

Pauw, enfurecido siempre contra el Nuevo Mundo ha llamado bárbaros y salvajes a todos los americanos y los considera inferiores en sagacidad e industria a los más groseros y rudos pueblos del Antiguo Continente. En nombre de la verdad y de todos los indios de mi patria yo protesto contra esa afrenta. Bárbaros y salvajes sólo debe llamárseles a los pueblos que conducidos más por capricho y deseos naturales, que por la razón, ni viven congregados en sociedad, ni tienen leyes para su gobierno, ni jueces que ajusten sus diferencias, ni superiores que velen sobre su conducta, ni ejercitan las artes indispensables para remediar las necesidades y miseria de la vida; finalmente, no tienen idea de la Divinidad, o no han establecido el culto con que deben honrarla. Pues bien, los mexicanos y las demás naciones de Anáhuac, reconocían un Ser Supremo y omnipotente, aunque su creencia estuviese como la de otros pueblos idólatras, viciada con mil errores y supersticiones. Tenían un sistema de religión, sacerdotes, templos, sacrificios, y ritos ordenados al culto uniforme de la divinidad. Tenían rey, gobernadores y magistrados; tenían tantas

ciudades y poblaciones tan grandes y bien ordenadas que han sido la admiración de los historiadores; tenían leyes y costumbres, cuya observancia celaban magistrados y gobernadores; tenían comercio y cuidaban mucho de la equidad y justicia de los contratos; tenían sistemas de distribución de tierras y asegurada a cada particular la propiedad y posesión de su terreno; ejercitaban la agricultura y algunas artes, no sólo necesarias para la vida, sino aún las que sirven para las delicias y el lujo.

¿Qué más se quiere para que los indios mexicanos no fueran reputados como bárbaros y salvajes? . . . «La moneda -ha dicho Pauw- el uso del fierro, el arte de escribir, construir puentes de piedra y hacer cal; carecían de todo eso; además sus artes eran groseras e imperfectas, sus lenguas rudimentarias eran incapaces de explicar ideas universales y muy pobre su numeración; sus leyes inexistentes - agregaba- porque no puede haber leyes donde reina la anarquía y el despotismo».

Pauw infiere mal si estima que la falta de moneda denota falta de cultura; sobre todo si por moneda entiende un pedazo de metal acuñado con la efigie del príncipe o caudillo, la falta de ella en una nación no demuestra necesariamente barbarie. Los atenienses, ha dicho Montesquieu, como no usaban metales se valían de bueyes como moneda, lo mismo que los romanos con ovejas, de donde se originó la palabra «pecunia» que significa oveja; después éstos en la primer moneda que acuñaron pusieron la efigie de una oveja como tradición, y no puede decirse, sin caer en el absurdo, que Grecia y Roma carecían de cultura. Si por moneda se entiende un signo representativo del valor de todas las mercaderías, como la define Montesquieu, los mexicanos utilizaban el cacao como moneda y creo, sin temor a equivocarme, que es mucho mejor moneda que los bueyes y las ovejas, y sobre todo, que la sal, que usan ahora los abisinios; los bueyes y las ovejas no podían servir para negociar las mercaderías pequeñas o de poco valor; por otra parte, si esos animales se enfermaban o morían, se reducía o se perdía su valor.

La sal tiene el defecto de que con el tiempo se va desgastando. El cacao, en cambio, podía servir para adquirir cualquier mercadería, de cualquier precio, se transportaba y custodiaba más fácilmente y se conservaba con menos diligencia.

El uso del fierro es uno de los requisitos que Pauw exige para llamar culta a una nación; si Dios no hubiese creado ese metal, todos los hombres serían bárbaros forzosamente, según la opinión de ese «bárbaro» filósofo. Los primeros pobladores de América conocieron, sin duda, el uso del fierro, pues la invención de él fue coetánea al mundo, pero, conjeturamos, que no habiendo encontrado las minas de aquel metal en los países septentrionales del Nuevo Continente en donde entonces se establecieron, dejaron de hacerlo y se perdió en sus descendientes la memoria del fierro; sin embargo, desarrollaron el secreto de dar al cobre un temple igual al del acero. El conde Caylus al observar una hacha vieja de cobre endurecido originaria de América, reconoció que se igualaba en dureza a las antiguas armas de cobre de que se servían los griegos y los romanos, los cuales no usaban el fierro en muchos de sus artefactos, o porque entonces era más raro encontrar buenas vetas de ese metal, o porque su cobre templado era de mejor calidad que el acero. Si Pauw

hubiera sabido hacer sus investigaciones sobre América, hubiera encontrado que en Zacatula, México, hubo cobre de dos calidades: uno duro del que se servían para hacer hachas, machetes y otros instrumentos de guerra y de agricultura, y otro ordinario o flexible, que empleaban en ollas, barreños y otros vasos para usos domésticos. Gonzalo Fernández de Oviedo que fue testigo ocular, muy entendido en metales, en su Historia Natural de las Indias dijo: «Los indios saben dorar muy bien sus vasos de cobre o de oro bajo, y darles un tan excelente y encendido color que parece oro de veintidós quilates y es más, lo hacen con la ayuda de ciertas hierbas. Si algún platero de España o de Italia tuviese ese secreto se haría de seguro muy rico».

Pauw afirma que no había un solo puente de piedra en toda América cuando fue descubierta, porque no sabían fabricar arcos y que el secreto de hacer cal fue absolutamente ignorado por los indios; todo lo anterior constituye otros de tantos errores groserísimos de tan malhadado filósofo. Los mexicanos sabían hacer puentes de piedra y entre los restos de su antigua arquitectura se ven, aún hoy, en el río Tula los grandes y fuertes pilares que sostenían el puente que allí había. Las ruinas de los antiguos palacios, adoratorios y centros ceremoniales, signos de una cultura prehispánica portentosa, que sigue siendo causa inagotable de admiración entre más se le conoce, nos sirven de claro testimonio de que los indios sabían el uso de los arcos y bóvedas, bajo el sistema de cuña, que les permitió realizar tan grandiosas construcciones. En cuanto al uso de la cal, consta en las historia de Bernal Díaz del Castillo, Gomara, Herrera, Torquemada, Olmos, y otros, que fueron los primeros en tomar contacto con las tierras de Anáhuac, que algunas ciudades estaban tan pulidamente blanqueadas y resplandecientes que de pronto les parecieron de plata, gracias al trabajo bien pulimentado de la cal en las paredes de los palacios y de las casas; además, según se desprende de las pinturas de la Colección de Mendoza, las ciudades de Tepeyacac, Tecamachalco y Quecholac estaban obligadas a pagar al rey de México como tributo cuatro mil sacos de cal anualmente. Pero aún cuando nos faltasen todos esos documentos, bastarían para demostrar la verdad de cuanto decimos y confundir la temeridad de Pauw, los restos de los antiguos edificios que todavía se ven en Texcoco, Mitla, Huatusco y otros muchos lugares donde subsisten algunos muros encalados.

En cuanto al arte de escribir, si por él se entiende el de explicar en papel, pieles u otro material semejante cualquier tipo de palabras con la diferente combinación de caracteres, ninguna nación de América lo conocía; pero si por arte de escribir se toma el de representar y dar a entender cualquier cosa a los ausentes y a la posteridad con figuras jeroglíficas y caracteres, tal arte sí era conocido y tenía gran uso entre los mexicanos, acolhuas, tlaxcaltecas y todas las demás naciones cultas de América. Pauw, como siempre con afán difamatorio, dice que los mexicanos no tenían jeroglíficos; que sus pinturas no eran más que «diseños groseros»; que para representar un árbol pintaban un árbol; que en sus pinturas no se advertía ni idea alguna de la perspectiva o de imitación de la naturaleza, y que no habían alcanzado ningún progreso que les permitiera perpetuar la memoria de las cosas pasadas y de los acontecimientos; que la única copia de pintura histórica de los mexicanos sustraída del incendio que hicieron los primeros misioneros es la que el primer

virrey de México mandó a Carlos V, que publicó después Purchas en Inglaterra y que es una pintura tan tosca y mal ejecutada que no se puede discernir si se trata de ocho reyes de México o de ocho concubinas de Moctezuma.

En todo esto da a conocer Pauw su ignorancia y de ella nace su temeridad en escribir. Pero ¿habremos de darle más crédito a un filósofo prusiano que sólo ha visto las groseras copias de Purchas, que a los que han visto y diligentemente estudiado muchísimas pinturas originales de los mexicanos? . . . Pauw no quiere admitir que éstos se hayan valido de jeroglíficos para que no se piense que les concede alguna semejanza a los antiguos egipcios. Pero Motolinía en sus manuscritos y en la exposición del calendario mexicano; Sahagún en su Diccionario visi-versal de la Lengua Mexicana; Diego Valadés en su Retórica Cristiana; Torquemada en su Monarquía Indiana; Enrico Martínez en su Historia de la Nueva España; Sigüenza y Góngora en su Ciclografía Mexicana y Boturini en su Colección de Pinturas Mexicanas; todos ellos conocieron la lengua mexicana, conferenciaron con los indios, vieron y estudiaron con diligencia muchas pinturas antiguas y coinciden que entre los diversos modos que tenían los indios de representar los objetos y las ideas, uno de ellos era el de los petroglíficos y pinturas simbólicas, y la opinión de estos historiadores tienen a su favor el contacto directo con esa realidad, porque es necesario recordar que Valadés trató a los mexicanos durante treinta años; Torquemada, más de cuarenta; Motolinía, cuarenta y cinco; y Sahagún, sesenta. Éste fue el hombre más instruido en los secretos de esta nación. Se necesita verdaderamente estar provisto de un malsano orgullo, como es el caso de Pauw, para inclinarse más a las escasas luces propias, que a las de tantos hombres incomparablemente más ilustrados como a los que antes mencioné.

Además, fray José de Acosta en su Historia Natural y Moral de las Indias explica que las figuras que pintaban los mexicanos parecían, a veces, monstruosas e incomprensibles, por que no sólo imitaban a la naturaleza, sino que incluían aspectos de la personalidad del sujeto pintado, o representaciones místicas, y ponía por ejemplo la pintura de uno de los ídolos más representativos de la cultura tolteca y azteca: Tezcatlipoca. Así lo describía: «La coleta de los cabellos la ceñía una cinta de oro bruñido y en ella, por remate, una oreja de oro con humos pintados en ella que significaban los ruegos de los afligidos y pecadores que oran cuando se encomendaban a él. En la mano izquierda tenía un mosqueador de plumas preciadas, verdes, azules y amarillas, que salían de una chapa de oro reluciente muy bruñido, tanto que parecía espejo, en que daba a entender que en aquel espejo veía todo lo que se hacía en el mundo. En la mano derecha tenía cuatro saetas que significaban el castigo que por los pecados daban a los malos. ¿No hay en esto un profundo misticismo y espiritualidad?»

Pauw ha dicho que los mexicanos no hacían otra cosa que pintar un árbol para representar un árbol, pero ¿que pintaban para representar el día, la noche, el mes, el año, el siglo y los nombres de aquellas personas que querían dar a entender? ¿Cómo podían representar las cosas que no tienen figura? Sobre esto el padre Acosta nos ha dicho que las cosas que tenían forma las ponían con su propia imagen, y para las cosas que no tenían figura había otros caracteres significativos

que les permitía representar todo cuanto querían; por ejemplo, el tiempo lo figuraban por medio de ruedas pintadas que significaban años, meses y siglos, en la inteligencia que su siglo constaba de 52 años, su año de 365 días distribuidos en dieciocho meses de veinte días, más cinco días que ellos llamaban «nemontemi»; que en un siglo contaban cuatro períodos de trece años. Lo anterior quiere decir que si los mexicanos tuvieron aquel modo de computar el tiempo, que implica una larga serie de observaciones astronómicas y de conocimientos muy precisos para regular el año solar, no deberán llamarse bárbaros y salvajes, sino más bien cultos y cultísimos, como corresponde a una nación que tiene una larga serie de observaciones y conocimientos precisos sobre astronomía; particularmente sobre el movimiento cíclico de los astros.

Tenían, también, otro tipo de representaciones llamadas por ellos «tonalamatl» que eran una serie de pinturas que significaban sus pronósticos sobre las mutaciones del tiempo; otras contenían los horóscopos de los niños, en el que se representaban sus nombres, el día y signo de su nacimiento y su ventura; otras eran dogmáticas y contenían aspectos religiosos; otras históricas, que representaban hechos pasados. Había algunas que se hacían para el uso común o familiar, esas eran claras y las entendía fácilmente cualquier persona, pero las que contenían los arcanos de la religión estaban llenas de jeroglíficos cuyo sentido no podía comprender el vulgo. Éstas, a veces, contenían algunos caracteres y figuras monstruosas y solamente eran interpretadas por los sacerdotes. Con esto queda demostrado que los mexicanos no sólo pintaban cosas, sino, también caracteres y signos representativos de ideas, pensamientos y conceptos.

Después de haber hecho Pauw en sus maldicientes «Investigaciones» una ignominiosa descripción del Perú y de la barbarie de sus habitantes, habla de México, de cuyo estado -dice- se han contado tantas falsedades y maravillas como del Perú, pero lo cierto -sigue afirmando- es que estas dos naciones eran casi iguales; la agricultura estaba abandonada, la arquitectura era mezquina, sus pinturas eran groseras, sus artes muy imperfectas; sus fortificaciones, palacios y templos, son meras ficciones de los españoles, a tal grado que si los mexicanos hubieran tenido fortificaciones se hubieran protegido fácilmente de los mosquetes y aquellos seis mezquinos cañones de hierro que llevó Cortés no hubieran arruinado en un momento tantos baluartes y trincheras. Las paredes de sus edificios -continúa- no eran otra cosa que piedras grandes puestas unas sobre otras; el palacio en donde vivían los reyes de México no era más que una choza, por lo que Hernán Cortés no encontrando habitación proporcionada en todo aquel Estado, se vio precisado a construir de prisa un palacio el cual subsiste hasta ahora.

¡No hay manera de describir tanto despropósito! ¡Que el palacio de Moctezuma era una choza! ¡Qué barbaridad! En la primera carta de relación que envió Cortés a Carlos V le decía que Moctezuma tenía en Tenochtitlan casas para su habitación, tales y tan maravillosas, que no creería poder jamás explicar en toda su excelencia y grandeza, pero consideraba que no las había iguales en España. Por su parte el Conquistador Anónimo en su curiosa y sincera relación, hablando de los edificios de México decía: Que había hermosas casas de señores tan grandes y con tantas

habitaciones y jardines, altos y bajos, que nos dejaban atónitos por la admiración. Dicho historiador relata que entró por curiosidad cuatro veces en el palacio de Moctezuma y habiendo andado en él hasta cansarse, nunca logró verlo todo. Pero advirtió que acostumbraban tener alrededor de un gran patio cámaras y salas grandísimas; pero sobre todas, había una tan grande que dentro de ella podían estar, sin incomodidad, hasta tres mil personas. También Bernal Díaz del Castillo en su célebre crónica de la conquista tiene expresiones semejantes de aquella grandeza y entre otras cosas, manifiesta que el ejército de Cortés compuesto de seis mil, entre españoles, tlaxcaltecas y Cempoaltecas, se alojó todo en el palacio que había sido del rey de Axayácatl. El mismo Cortés dice a Carlos V que en el palacio del rey Nezahualpilli en Texcoco se alojó con seiscientos españoles y cuarenta caballos, y que era tan grande que podían estar cómodamente otros seiscientos. De un modo semejante se refirió al palacio del Señor de Iztapalapa, alabando la estructura, belleza y magnificencia. Tales eran las «chozas» de los reyes mexicanos, por supuesto no tan grandes como las mentiras de Pauw.

Para qué perder el tiempo tratando de defender la grandeza arquitectónica de los mexicanos; sus palacios, sus templos, adoratorios, centros ceremoniales son los mejores testimonios, como lo son en el aspecto urbanístico las tres famosas calzadas que construyeron en la misma laguna, así como el antiguo acueducto de Chapultepec que llevaba y distribuía el agua y que es un monumento inmortal al ingenio constructor de los mexicanos. Lo mismo podemos decir de la excelencia de los artesanos, plateros, tejedores, grabadores de piedras y trabajadores de obras de plumas. Gomara se admiraba de haber conocido entre los grandes trabajos de platería, la del vaciado de un pescado que tenía las escamas alternativamente una de oro y otra de plata. Cortés decía en su segunda carta a Carlos V que las imágenes de oro y pluma las trabajaban tan bien los mexicanos, que ningún artífice de Europa podría hacerlas mejores; y que en cuanto a las joyas, no se podía comprender con qué instrumentos se hicieron obras tan perfectas y que las plumas eran tales que ni en seda se podrían imitar, y como muestra le mandó unas rodajas de oro y plumas para que con sus propios ojos se asegurara de sus excelencia y perfección. También se distinguían los indios mexicanos en la creación de mosaicos de plumas y conchas, en el pulido del papel amantle, el teñido con colores indelebles, el hilado y tejido del pelo sutil de los conejos y las liebres; la fabricación de navajas de obsidiana; la crianza cuidadosa de la cochinilla para valerse de ella en los colores; la argamasa en los pavimentos de sus casas y otras mil artesanías no menos apreciables como la cerámica y artefactos de barro y madera.

Miente también Pauw cuando expresa que los indios de América no tenían voces numerales más que para contar hasta «tres». Sahagún, primero, y después los demás historiadores que convivieron con ellos testifican que los mexicanos tenían un sistema numérico que consistía en una decena elemental, la cual combinada con otras palabras que significaban cantidades múltiples les permitían contar números infinitos. El inconveniente existía sólo en las grandes cifras por la gran cantidad de letras que se iban acumulando. Pero eso también sucede con los números romanos.

Ahora bien, sólo con el fin de ejemplificar y a riesgo de que se me culpe de erudición, quiero decir en el idioma náhuatl algunas palabras que significan conceptos abstractos o metafísicos que utilizaban los mexicanos para expresar sentimientos, angustias, temores, amor, así como su relación con la divinidad y con las cosas del espíritu: Teotl; Dios. Tlazotlaliztli; amor. Tlacocoliztli; odio. Tejolia; alma. Seliztli; esencia. Cualloti; bondad. Neltiliztli; verdad. Tlamauhtiliztli; temor. Tlacahualiztli; olvido. Netemachiliztli; esperanza. Tlamatiliztli; sabiduría. En fin, la abundancia de semejantes voces ha sido la causa de haberse expresado, sin gran dificultad en la lengua mexicana, los más altos misterios de la religión cristiana y haberse traducido al idioma de los indios mexicanos algunos libros de la Sagrada Escritura, los Evangelios, y las Imitación de Cristo de Tomás Kempis. Son tantos los libros publicados en mexicano sobre la religión y la moral cristiana que con ellos solos se puede formar una buena biblioteca.

Buffon, tratando de apoyar a su incondicional Pauw, ha dicho que las palabras del lenguaje de los indios americanos son tan difíciles de pronunciar, que es de admirarse haya habido europeos que se hayan tomado el trabajo de escribirlas. Es cierto que exista dificultad para pronunciar una lengua a la que no estamos acostumbrados y principalmente si la articulación de ella es muy diversa de la nuestra propia. Pero eso no la hace bárbara. La misma dificultad que experimenta Buffon para pronunciar los nombres mexicanos, experimentarían éstos para pronunciar los nombres franceses; y más todavía los del idioma alemán, polaco, ruso, chino o japonés.

Tampoco puedo quedarme callado ante la calumnia de Pauw de que los indios carecían de leyes por vivir en absoluta anarquía. ¡No es cierto! Los mexicanos, como la gran mayoría de las naciones indígenas, castigaban severamente, pero con una clara idea de justicia, todos aquellos delitos particularmente repugnantes a la razón o perjudiciales al Estado, es decir: el crimen de lesa majestad, el homicidio, el hurto, el adulterio, el incesto, el sacrilegio, la embriaguez y la mentira. Lo que debo admitir que en muchos casos las penas eran excesivas e inhumanas; pero si las comparamos con algunas leyes de pueblos que se consideran más civilizados del Antiguo Continente, encontraremos benignas las de los mexicanos.

Las célebres leyes de las Doce Tablas, como ha dicho Montesquieu, están llenas de disposiciones cruelísimas, como el suplicio del fuego y las penas siempre capitales, que entre otras cosas, permitía a los acreedores descuartizar al deudor que no pagaba y llevarse cada uno su parte para satisfacción del crédito, y la que condenaba a ser ahorcado a cualquiera que tomaba alguna cosa de los sembradores ajenos. ¿Y ésta es la celebradísima compilación que hicieron los romanos de lo que encontraron en los pueblos griegos?

Las leyes de los mexicanos sobre los matrimonios eran sin duda más honestos y decorosas que la de los romanos, griegos, persas, egipcios y otros pueblos del Antiguo Continente. Los tártaros se casan con sus hijas; los antiguos persas y los asirios tomaban a sus mismas madres; los atenienses y egipcios a sus hermanas. En México estaba severamente prohibido todo matrimonio entre personas unidas en primer grado de consanguinidad y de afinidad, menos entre los cuñados. Muchas

naciones antiguas de Europa, imitadas por no pocos pueblos modernos de Asia y Africa, compraban sus mujeres y por lo tanto, ejercían sobre ellas una autoridad mucho más grande que la que les concede el Autor de la naturaleza, y las trataban más como esclavas que como compañeras. Los mexicanos nunca compraron a sus mujeres, y aunque era tradición hacer regalos a los padres de ella, de ninguna manera era un precio, sino un obsequio acostumbrado. En Roma, dice Montesquieu, era permitido al marido prestar a otro su mujer; lo dice expresamente Plutarco. Se sabe que Catón prestó su mujer a Hortensio, y Catón no era capaz de violar las leyes de su patria. Los mexicanos no eran tan "civilizados".

En lo referente a la religión de los indios de América, aunque parezca increíble, no tengo ninguna disputa con Pauw, porque éste ingenuamente reconoce la semejanza que hay en esta materia entre los delirios de los americanos y los del Antiguo Continente. Concretamente ha dicho: «Que como las supersticiones religiosas de los pueblos de América han tenido una semejanza sensible con las del Viejo Mundo, a pesar de la diversidad de climas, la debilidad del espíritu humano ha sido constante e invariable». Si con este mismo juicio Pauw hubiera discurrido en otros puntos, nos hubiera ahorrado algunas disputas y su obra hubiera tenido mayor relevancia.

De cualquier manera en mi Historia Antigua de México yo dirigí una enérgica disertación a todos aquéllos, que por ignorancia de cuanto ha pasado, o por falta de reflexión han gritado tanto al leer la historia de México dada la crueldad y primitivas supersticiones de aquellos pueblos, como si fuesen cosas nunca oídas entre los mortales. Con ese motivo me propuse a través de mi libro, demostrarles a todos, particularmente a los más fieros detractores, que la religión de los mexicanos fue menos supersticiosa, menos indecente, menos pueril y menos irracional que la de las más cultas naciones de la antigua Europa, y que de su crueldad ha habido ejemplos -tal vez más atroces- en casi todos los pueblos del mundo. Ahora bien, como la esencia de toda religión depende principalmente de la idea que se tiene de la divinidad; si el Supremo Ser se concibe como un padre lleno de bondad, cuya Providencia vela sobre sus criaturas, en las prácticas religiosas se advertirá amor y respeto. Si, por el contrario, se le imagina como un tirano inexorable, el culto será sangriento. Si se le cree omnipotente, la veneración será monoteísta; pero si se juzga limitado su poder, se multiplicarán los objetos venerados. Si se reconoce la santidad y perfección de su ser, se solicitará su protección con un culto puro y santo; pero si se le reputa sujeto de imperfecciones y vicios de los hombres, la misma religión consagrará los delitos.

Si cotejamos, la idea que tenían los mexicanos de sus dioses, con la que tenían de ellos los griegos, romanos y otras naciones de quienes éstos aprendieron la religión, inmediatamente veremos la diferencia. Es verdad que los mexicanos repartían entre varios númenes el poder, imaginando restringida a ciertos límites la jurisdicción de cada uno, pero nunca creyeron tan acotado el poder de sus dioses como los griegos y los romanos. Por ejemplo: Los mexicanos no tenían más que un numen llamado Centeotl para el cuidado del campo y de los sembrados, mientras que los romanos, a más de la diosa Ceres, empleaban solamente en el trigo a más de doce dioses, a saber: Sefa estaba encargada del grano sembrado; Proserpina, del grano nacido;

Nodoto de los nudos del tallo; Volatina, de los ojos o yemas; Patelena de las hojas ya desplegadas. Flora, de la floración; Ostilina, de las espigas; Cegesta, de los nuevos granos; Lactancia, de los granos todavía en leche; Matura, del grano maduro; Totuna y Tutelia, del grano guardado en el granero; Estertulio, de la fertilidad de los campos; Príapo, que defendía el grano de las aves; Rubrigo, que lo defendía de los insectos, y las ninfas Napeas, que cuidaban del jugo nutritivo de los granos. Además, para el nacimiento, cuidado y educación de los niños tenían más de veinte dioses ¡Tan mezquino poder les concedían los romanos a sus divinidades!

Además, resulta inexplicable que tanto los griegos, como los romanos, atribúan los peores vicios y vilezas a los mismos dioses que veneraban. Toda su mitología era una serie larga de delitos. La vida de sus dioses se reducía a rencores, venganzas, incestos, adulterios y otras pasiones bajas, capaces de infamar a los hombres más despreciables. Por ejemplo: Júpiter, el padre omnipotente, el principio de todas las cosas, el rey de los hombres y los dioses, como lo llamaban los poetas, se disfraza de hombre para poseer a Alcúmena; de sátiro para gozar de Antiopa; de toro para robar a Europa; de cisne para abusar de Leda; de lluvia de oro para corromper a Danae, y toma diversas formas para satisfacer sus depravados deseos. Entre tanto, la gran diosa Juno, rabiosa por los celos, no sabe más que tomar venganza de su desleal marido. San Agustín en la «Ciudad de Dios» ha dicho que los dioses de los griegos y los romanos eran escogidos por la superioridad de sus vicios, no por la excelencia de sus virtudes, y el gran santo se preguntaba: ¿Qué buenos ejemplos podrán contar de sus dioses las naciones que mientras se preciaban de enseñar a los hombres la virtud, consagraban en sus dioses los vicios? ¿Y qué méritos podía tener entre los griegos su diosa Lecna, y entre los romanos Lupa, Faula y Flora, sino el de haber sido famosas ramerías?

¿Pero qué podemos decir, también, de los egipcios, autores principales de la superstición? Daban culto no sólo al buey, perro, lobo, gato, cocodrilo, gavián, sino también a los puercos, las cebollas y los ajos; además, el uso detestable de casarse con sus hermanas se creía autorizado por el ejemplo de sus dioses.

Muy distinta era la idea que tenían de sus divinidades los mexicanos. En toda su mitología no se encuentra ningún vestigio de aquellas maldades con que las otras culturas infamaron a sus dioses. Es cierto, había númenes malvados, pero éstos, lejos de ser venerados eran despreciados o combatidos como signos del mal, porque los concebían en perpetua lucha contra los dioses del bien; ¡vaya! ese eterno maniqueísmo que prologó los orígenes de gran parte de las religiones éticas para fundar el valor de la virtud como ideal humano. Pues bien, los mexicanos honraban la virtud, no los vicios de sus divinidades. En Huitzilopochtli veneraban su valor, pero también, su divinal origen, pues la mitología azteca revelaba que había nacido de mujer «virgen» y concebido sin necesidad de varón -¿Verdad que esto nos convoca a establecer obligadas semejanzas?- En efecto, en ese pasaje mitológico se decía que un día la Coatlicue, hermosa joven, que por su castidad y gentileza era la encargada de la limpieza y el adorno floral del templo, encontró en el piso un plumero precioso, entramado con bellas plumas de colibrí; ella lo recogió y guardó debajo de sus ropas a la altura de su vientre y al hacerlo resultó embarazada,

dando luego a luz un niño que sería llamado Huitzilopochtli, que significa precisamente «colibrí sagrado». En Centeotl honraban el beneficio de las cosechas; en Tlaloc; el de las lluvias; de Tonatiuh -el sol- su luz y su calor; en Quetzalcóatl, la castidad, sabiduría, justicia y prudencia. Aunque tenían dioses y diosas, nunca los casaron entre sí, ni los creyeron capaces de aquellos placeres obscenos que eran tan comunes en las divinidades griegas y romanas. Su culto se dirigía específicamente a aplacar la ira de sus dioses, provocada por los pecados de los hombres y a solicitar su protección con el arrepentimiento, obsequios religiosos y sacrificios. De esto hablaré más adelante.

La superstición ha sido algo común en todas las naciones, pero la de los mexicanos era menos pueril; basta hacer el cotejo de sus agüeros. Los astrólogos mexicanos observaban los signos o caracteres de los días para sus matrimonios, viajes, guerras, y demás actos trascendentes, como los astrólogos europeos observaban la posición de los astros para vaticinar la ventura de los hombres. Unos y otros temían igualmente a los eclipses y los cometas, como precursores de grandes calamidades; todos se intimidaban al oír la voz del búho o de otra ave semejantes que consideraban agorera, pero nada de lo que sabemos de los indios americanos es comparable con lo que nos dicen de los antiguos romanos los historiadores y poetas de entonces. Las obras de Tito Livio, Plinio, Virgilio, Suetonio, Valerio y de otros juiciosos autores, que no pueden leerse sin compasión, hacen ver hasta qué exceso llegó la pueril superstición de los romanos en sus agüeros. No había animal entre los cuadrúpedos, ni reptiles o aves, de los que no se derivaran premoniciones. Si el ave volaba a la izquierda, si graznaba el cuervo, si el ratón probaba la miel, si la liebre atravesaba el camino, todo esto se tenía por pronóstico de alguna gran desgracia. Cuando un búho entró en el Capitolio toda Roma llena de terror tuvo que hacer actos de expiación y lustración. Me admiro -decía Cicerón- de que un agorero no se ría al ver actuar a otro de la misma profesión, porque ¿Qué cosa más ridícula puede concebirse que una nación tan guerrera como la romana llevase consigo en sus ejércitos una jaula de pollos y que sin consultarlos antes no se atrevían a dar batalla? porque si los pollos no probaban alguna comida que se les ponía adelante, era mala señal; si a más de no comerla se salían de la jaula, era peor; si por el contrario, la comían ansiosamente, esto se tenía por un magnífico agüero y el mejor pronóstico del triunfo rotundo de sus armas.

A semejantes excesos se inclina fácilmente el espíritu humano siempre que se abandona a sus propias luces. La experiencia de los groseros errores, la ridícula puerilidad y las monstruosas abominaciones en que han incurrido las más cultas naciones, nos dan a conocer que no debemos esperar la verdadera y santa religión, sino del mismo Dios que adoramos; a él toca revelar la verdad que debemos creer, y prescribir el culto con que debemos reverenciarlo. Si todo eso se le confía a la razón humana, de cuya debilidad tenemos tantas experiencias, los mayores absurdos se representarán a nuestro entendimiento, como dogmas verdaderos, y el culto debido al Ser Supremo será defectuoso por la impiedad, o excesivo por la superstición.